



“Unos animales ‘a manera de vacas, bermejos y negros’, según la *Relación Geográfica de Michoacán*”

p. 118-123

El bisonte de América
Historia, polémica y leyenda

María del Carmen Vázquez Mantecón

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

224 p.

Mapas y figuras

(Serie Historia General 28)

ISBN 978-607-02-4755-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de noviembre de 2023

Disponible en:

<https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/602/bisonte-america.html>

D. R. © 2023, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

2. UNOS ANIMALES “A MANERA DE VACAS, BERMEJOS Y NEGROS”, SEGÚN LA *RELACIÓN GEOGRÁFICA DE MICHOACÁN*

En 1577 el virrey Martín Enríquez de Almanza (quien ejerció su cargo en la Nueva España entre 1568 y 1580) envió a gobernadores, corregidores y alcaldes mayores, una “Instrucción y Memoria” ordenada por Felipe II para tener una descripción detallada de las Indias, con objeto de ennoblecerlas y hacer posible un “buen gobierno”. Con las respuestas recibidas, se formaron las famosas *Relaciones Geográficas de Indias* en el siglo XVI, que dan cuenta de los pueblos de españoles y de indígenas, y que especifican cada una de “las cosas de la tierra”. Debían empezar por decir el nombre –y lo que quería decir– de la comarca o provincia en que estaban, lo que ese apelativo significaba en la lengua de los indios y, si era posible saberlo, el por qué se llamaba de esa manera. Asimismo, señalar quien o quiénes habían sido los fundadores, las distintas lenguas que ahí hablaban los indios y dar cuenta de sus costumbres en tiempos de “gentilidad”.¹⁴

Como parte de la Relación de la Provincia de Motines (Colima), escrita por el alcalde mayor Baltasar Dávila Quiñones “hijo de conquistador”, junto con los hacendados Sebastián Romano y Juan Alcalde de Rueda, se incluye una breve “Relación de Quacomán” redactada y firmada el 3 de junio de 1580 por Dávila –quien también era corregidor de este pueblo y de quien se asienta “que habla y entiende la lengua mexicana”– suscrita y rubricada también por los informantes y el escribano. En respuesta a la primera pregunta de la Instrucción, señala Dávila: “dícese Quacomán porque antiguamente había en este dicho pueblo, antes que la tierra se conquista e, unos animales a manera de vacas, bermejós y negros, los cuales se dice, tenían los cuernos muy grandes, y por esta causa dicen los naturales más antiguos que se le puso el nombre de Quacomán que en lengua mexicana quiere decir ‘cosa grande’ y así se derivó este nombre de Quacomán” [sic].

Más adelante, después de describir las buenas cualidades de la tierra, se refirió a la lengua que hablaban sus habitantes como “muy

¹⁴ Para consultar todo el contenido de la amplia “Instrucción”, ver José Luis Rojas, *A cada uno lo suyo. El tributo indígena en la Nueva España en el siglo XVI*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, 1993, p. 117-124.

oscura” –el quaucomeca tlatolli– aunque también apuntó que, generalmente, todos manejaban y entendían la lengua mexicana. Con respecto a sus costumbres previas a “que la tierra se ganase”, dijo que tributaban y obedecían al señor Calzontzin “señor que fue de la provincia de Mechuacan” y agregó que entonces andaban desnudos, “divididos de diez en diez por cerros y quebradas” sustentándose de venados, de algunas aves y de maíz.¹⁵

Dávila Quiñones obtuvo la información precedente del gobernador y de los principales del pueblo, reunidos también con los más ancianos y con algunos españoles. En cuanto a su administración religiosa, hacia 1580 Quacomán pertenecía al obispado de Michoacán como consta en un mapa de dicha diócesis, y había sido evangelizado por los agustinos y congregado por los franciscanos. Múltiples migraciones poblaron esa región a lo largo del tiempo, en la que se hablaban varias lenguas, incluido el náhuatl desde que empezó la colonización española, aunque como señaló el hacendado Juan Alcalde de Rueda, un náhuatl corrupto. No sabemos tampoco cuál pudo haber sido el topónimo antiguo de Quacomán, ni si se trata en realidad –según dijo Dávila Quiñones– de un vocablo nahua. La definición que él da en el sentido de “cosa grande” no sería correcta, de acuerdo a lo demostrado por René Acuña, quien sugiere que –siempre y cuando se trate de una palabra en náhuatl– debe reconstruirse *Quaquauman*, e interpretarse como “donde hay animales con cuernos”.¹⁶

En las *Relaciones Geográficas de Nueva Galicia*, hay un pueblo que se nombra *Cuacomán* o *Cuacuman*. De él se dice que se llamó de esa manera, pero que sus informantes no supieron la causa de ese nombre ni cómo se llamaba la lengua que hablaban. Estaba junto a otro poblado nombrado Ayutla “y ambos lugares tenían un habla que no se extiende a más tierras”.¹⁷ Esto último indica que no era precisamente el náhuatl la lengua que ahí se hablaba. Es probable que se trate del mismo *Quacomán* de la provincia de Motines, que está precisamente en la región fronteriza entre Michoacán y Nueva Galicia.

¹⁵ *Relaciones Geográficas del siglo XVI: Michoacán*, edición de René Acuña, México, UNAM, 1987, p. 136-143.

¹⁶ *Ibid.*, p. 132-133.

¹⁷ René Acuña, *Relaciones geográficas del siglo XVI: Nueva Galicia*, México, UNAM, 1988, p. 233-234.

Los mapas de ambas diócesis relativos a los dos últimos decenios del siglo XVI, incluyen respectivamente a *Quacomán* y a *Cuacomán* o *Cuacuman* en el mismo sitio, evidenciando que por entonces, no se tenían claros los límites de cada jurisdicción.

Ahora bien, ¿a qué tipo de animales se habrían referido? La mención a las “vacas bermejas” indicaría sin titubeos que alude a los bisontes. Es lo que ha afirmado Donald Brand, quien por cierto sostiene que *Quacomán* no es voz náhuatl. Dice este autor que es probable que hayan “persistido” algunos bisontes en las aisladas tierras de Coalcomán entre los años 1300 o 1400, tal vez de los últimos *Bison antiquus* o *Bison occidentalis*. Agrega a su hipótesis que si en épocas muy remotas hubo bisontes en el valle de México y en Centroamérica, no habría que extrañarse de encontrarlos en la región de Motines.¹⁸

En efecto, en lo que se ha llamado la última etapa del período Cuaternario (11 000 a 6 000 años AC) se extinguieron en nuestra actual América los grandes bisontes junto a los mamuts, los elefantes, los camélidos y los caballos y se ha encontrado evidencia de que algunas de aquellas especies de bisonte llegaron hasta el centro del continente. Sin embargo, para los años que Brand señala, las especies que él nombra habían desaparecido y ya dominaba la especie *Bison bison*, lo cual hace improbable esa “persistencia” en aislamiento. *Bison antiquus* se extinguió hace cerca de 10 000 años, mientras que *Bison occidentalis* desapareció hace unos 5 000.¹⁹ Lo que caracteriza a estas tres especies, es que los cuernos de ellas, siempre han sido descritos como gruesos, pero de tamaño pequeño. No está de más recordar que el corregidor nunca dijo que se trataba de animales considerables, sino de cuernos enormes.

¿Qué animales tenían y tienen los cuernos grandes? Por un lado los venados y por otro los borregos cimarrones, dos especies que, por cierto, al igual que los bisontes, tienen la pezuña hendida. En cuanto a los primeros, pertenecientes a la familia de los *Cervidae*, los informantes señalaron que los antiguos pobladores de *Quacomán* se alimentaban con venados, los cuales eran abundantes en la región, posiblemente los de la especie “cola blanca” llamados científicamen-

¹⁸ Donald Brand et al., *Coalcomán and Motines del Oro, an ex-districto of Michoacán, México*, Austin, University of Texas, 1960.

¹⁹ Dale F. Lott, *American Bison. A Natural History*, California, University of California Press, 2002, p. 63-65.

te *Odocoileus virginianus* o *Venados de Virginia*. Los cuernos de esos machos son sólidos y se mudan cada año (a diferencia de las astas de los bisontes que son huecas y perennes) y algunas cornamentas llegan a tener hasta diez puntas.²⁰ Los cérvidos que habitan en las zonas tropicales americanas son de talla mediana y durante el verano tienen un color rojizo (“bermejo”), mientras en el invierno se muestran de color café grisáceo²¹ (“pardo”), según los colores que Dávila atribuyó a los animales de grandes cuernos que habitaron en la zona de su interés.

Curiosamente, también los carneros o borregos cimarrones –clasificados como *Ovis canadensis*– se distinguen porque el tono de su pelaje, que es por lo general café, puede ir de un marrón rojizo a un chocolate oscuro.²² Junto con los bisontes, son los dos únicos miembros de la fauna original mexicana que pertenecen al conjunto de los bóvidos.²³ Los espectaculares cuernos de los machos, que crecen hacia atrás en forma circular, llegan a alcanzar un gran tamaño. En la mitología más antigua de Occidente mientras los cuernos de toros, vacas y bisontes tuvieron una atribución lunar, los de carnero al enroscarse, la tuvieron con las espirales del sol.²⁴ Estos animales, que viven entre 11 y 12 años en estado silvestre y 20 en cautiverio, son ahora en su mayoría de talla mediana, aunque fuertes y corpulentos. En México se han clasificado tres subespecies que fueron propias de las montañas o de los cañones de los valles templados y desérticos de Sonora, Chihuahua, Coahuila y Baja California, aunque ahora se ha reducido su distribución a este último estado.²⁵

Sin embargo, es interesante la noticia de que se encontraron osamentas de hembras de borrego cimarrón en contextos funerarios más al centro del país, según se ha demostrado en algunas excavaciones arqueológicas como las del sitio llamado “Cerro de la Malinche” en Tula, Hidalgo, o en “La Quemada”, en Zacatecas. Su presencia en esos lugares se interpreta a partir de la movilidad de los

²⁰ *El Mundo animal*, Madrid, Uthea, 1983, p. 480-485.

²¹ Leopold Starker, *Fauna silvestre de México. Aves y mamíferos de caza*, México, Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables, 1965, p. 576-584.

²² Roberto Martínez Gallardo, “El borrego cimarrón, monarca del desierto mexicano”, *La Jornada Ecológica*, lunes 30 de marzo de 2009.

²³ Leopold Starker, *op. cit.*, p. 595.

²⁴ L. Charbonneau-Lassay, *El bestiario de Cristo. El simbolismo animal en la Antigüedad y la Edad Media*, Barcelona, Sophia Perenni, 1996; 2ª edición 1997, v. I, p. 270.

²⁵ Roberto Martínez Gallardo, *op. cit.*

grupos nómadas y sus probables relaciones de intercambio, subrayando lo valioso que era ese animal para ellos.²⁶ Quacomán tuvo moradores de distintas migraciones, muchos de los cuales bien pudieron provenir de tierras más norteñas, trayendo a la región sus rituales y costumbres. El historiador criollo Baltasar Obregón, al narrar diferentes aspectos sobre la larga conquista de Nuevo México, dejó testimonio de que en el lecho de un río y en una rancharía, unos expedicionarios vieron cuernos de carneros “de más de una vara de medir de largo, y tan gruesos como el muslo”, muchos de ellos, en posesión de los indios “tarabucies”.²⁷

Ya López de Gómara al hablar del Septentrión, se había referido a los enormes cuernos de sus carneros, que pesaban cada uno “dos arrobas” y que pertenecían a animales “tan grandes como caballos”.²⁸ A fines del siglo XVII el alférez Juan Mateo Mange, quien acompañó al padre Kino al territorio de los pimas, escribió que caminando hacia el poniente de Casas Grandes, encontraron una rancharía en donde hallaron “un gran cúmulo de cuernos de borregos cimarrones que parecen un cerro”, que, dijo, sobrepasaba a la más alta de sus casas, calculando que ahí habría “más de cien mil astas”.²⁹ En sus subsecuentes viajes a la Pimería, que tuvieron lugar durante el primer decenio del siglo XVIII, Mange seguía nombrando la presencia de los “carneros cimarrones”,³⁰ mientras el jesuita Arlegui escribía que en el reino de la Nueva Vizcaya y “adelante en la junta de los ríos, hay carneros de esta tierra montaraces, de increíble grandeza”. Este último estaba seguro de que si el león se conocía por la uña, era posible saber de los carneros por sus cuernos, ya que contó haber visto uno de éstos, que había sido habilitado para cargar vino, y en él, dijo, cabían “doce cuartillos”.³¹

²⁶ Blanca Paredes y Raúl Valadés, “Un entierro de *Ovis Canadensis* [sic] en el área de Tula Hidalgo”, *Antropológicas*, n. 2, 1988, p. 47-55.

²⁷ Baltasar Obregón, *op. cit.*, p. 25.

²⁸ Francisco López de Gómara, *op. cit.*, p. 289.

²⁹ Juan Matheo Mange, “Del viaje que hice con el R. P. Eusebio Francisco Kino a descubrir los ríos y naciones de los pima obaipuris del norte, desde 2 de noviembre hasta 2 de diciembre de 1697”, en José Fernando Ramírez, *Obras Históricas, v. II, Época Colonial*, México, UNAM, 2001, p. 264.

³⁰ Juan Matheo Mange, *Luz de tierra incógnita en la América septentrional y Diario de las exploraciones en Sonora, 1720*, México, Archivo General de la Nación, Talleres Gráficos de la Nación, 1926, p. 319.

³¹ José Arlegui, *Crónica de la provincia de nuestro seráfico padre San Francisco de Zacatecas*, México, Bernardo de Hoyal, 1737, edición reimpressa en México por Ignacio Cumplido, 1851, p. 130-131.

Bisontes, venados, o borregos cimarrones, podrían ser los protagonistas del nombre de Quacomán (actualmente Coalcomán en el estado de Michoacán de Ocampo). A propósito de la mención de Dávila Quiñones, de que eran unos animales “a modo de vacas”, de la que “al presente no hay ningunas”, no sabemos si esto lo dijeron los informantes, o si fue un agregado del corregidor, alimentados unos u otro, con los relatos de los que si vieron a las “vacas de los llanos”, y de los más que por aquellos años buscaban la manera de amansarlas para hacer grandes fortunas. Tal vez se habían dejado llevar por ese codicioso imaginario que magnificaba la riqueza de las tierras al Norte, con todo y sus ganado sustentadores.

3. “TORO MEXICANO” EN EL PALACIO DE MOCTEZUMA

La que se ha considerado última gran crónica sobre la conquista de la Nueva España vio la luz en Madrid en el año de 1684. Se debió a la elegante pluma de Antonio de Solís y Rivadeneyra, quien fuera desde 1661 hasta su muerte –ocurrida en 1686– “Cronista Mayor de las dichas Indias” por decisión del monarca Felipe IV. Su anterior dedicación exitosa a la poesía y a la dramaturgia, se conjugaron en su historia con una paciente tarea de lectura de libros y recopilación de documentos, dando por resultado un texto muy pulido que, a pesar de haber sido escrito por encargo real, gozó en su tiempo y sobre todo en el siglo siguiente, de gran estimación y reconocimiento. Se ha dicho que Antonio de Solís poseyó una de las bibliotecas más ricas del Siglo de Oro que contenía, además de cerca de 1 400 libros, varios manuscritos bajo el título de *Noticias generales de las Indias y Varios papeles curiosos*. En el listado de títulos, podemos reconocer los libros que leyó o consultó para escribir su famosa *Historia de la conquista de México*, desde los muy conocidos, como los de Bernal Díaz del Castillo, Antonio de Herrera y Joseph Acosta, así como varias historias generales de las Indias y no pocas crónicas religiosas y de conquista de la propia Nueva España y Nuevo México, hasta recuentos sobre “las cosas aromáticas” del nuevo continente –al que nuestro autor nunca visitó– y una ilustrativa *Historia de los animales*.³²

³² Frédéric Serralta, “La biblioteca de Antonio de Solís”, *Caravelle. Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, n. 33, 1939, p. 104-105.